Capítulo cinco

Ana esperó mucho tiempo en el carro. Seguía llorando pero le parecía extraño llorar cuando todos estaban gritando de felicidad. Oía los gritos de la plaza de toros y sabía lo contentos que estaban todos. Oía música y gritos. Ana pensaba que era la única persona en toda España que no estaba feliz. Extrañaba mucho a sus amigos en California. Extrañaba California. Extrañaba el tiempo de California, donde no hacía tanto calor.

Ana vio a los de Marco caminando hacia el carro. Se limpió la cara. Tenía vergüenza porque estaba llorando. Dejó de llorar. Los de Marco llegaron. Estaban muy contentos. Estaban tan contentos que no le dijeron nada a Ana al principio.

—No lo puedo creer. Le dieron una oreja, la cola y una pata —les dijo el Sr. de Marco.

Estaba sonriendo y tenía sus brazos en los hombros de su esposa y de Laurita.

—Hace mucho tiempo que no veo eso —les dijo la Sra. de Marco—. La corrida fue fenomenal.

—Juan Cortez estuvo maravilloso. ¡Es el mejor matador del mundo! —les gritó Pedro—. No hay mejor matador en ninguna parte.

—Nunca vi a un matador recibir una oreja, la cola y una pata. Es increíble —les dijo Carmen.

Ana no comprendía qué estaban diciendo. Para ella nada de esto le parecía normal. Ana nunca comprendía lo que estaban diciendo y sintiendo, especialmente cuando hablaban de los toros.

—¿Qué significa "una oreja, la cola y una pata"? —les preguntó Ana.

—Hola, Ana. Estás aquí. Qué bueno —le dijo la Sra. de Marco.

Miró a Ana por primera vez después de la corrida.

—¿Estás bien? ¿Por qué no te quedaste en la corrida? Te perdiste la parte más emocionante —le dijo la Sra. de Marco.

Ana no sabía qué decirles. ¿Debía ser honesta con ellos? ¿Debía tratar de explicarles sus emociones verdaderas? Si les decía la verdad, estarían incómodos con ella. Qué problema tan grande. Lo único que sabía Ana era que no quería volver a ver una corrida de toros.

El Sr. de Marco le dijo:

—Es verdad Ana. Rosa tiene toda la razón. Te perdiste la parte más emocionante de la corrida de toros.

—¿Y cuál era ésa? —les preguntó.

—Le dieron una oreja, la cola y una pata a Juan Cortez —le dijo el Sr. de Marco—. Generalmente sólo les dan una oreja o dos a los matadores.

Ana todavía no comprendía.

—¿Qué quieren decir con eso de una oreja, cola y pata? —les preguntó Ana.

—Después de la corrida le dan parte del toro al matador como premio. Si es una co-

rrida buena, le dan una oreja. Si es mejor, le dan las dos orejas. Pocas veces, si es una corrida fenomenal, le dan al matador una oreja y la cola. Hoy Juan Cortez recibió una oreja, la cola y una pata. ¡Fantástico! Ana, esto no pasa mucho. Tuviste mucha suerte porque viste una corrida buenísima en tu primera corrida de toros.

—Qué bueno, ¿no? —le dijo Pedro.

—Mi primera corrida de toros y mi última —les dijo Ana—. Nunca quiero ver otra corrida.

Las palabras le salían como agua de una cascada que baja rápidamente y sin dirección. No pudo evitarlo. No quería decir esas palabras pero no pudo detenerlas. Miró al papá. Estaba triste debido a lo que había dicho Ana.

—¿No te gustó?, Ana— le preguntó el papá—. Lo siento mucho. Nosotros lo pasamos muy bien en la corrida.

—Y nos costó mucho dinero —le dijo el señor a su esposa. El Sr. de Marco pensaba que Ana no oyó esto.

—Lo siento pero es horrible matar un toro —les dijo Ana.

Carmen tenía una expresión de enojo en la cara y le dijo:

—¿Qué pasa con los americanos? Vienen a España y creen que son mejores que nosotros. No entienden qué es una corrida.

—No pienso que yo sea mejor que Uds. —le dijo Ana—. Es que no me gustan los toros.

—Tú te crees mejor. Es obvio. Crees que somos extraños. Crees que no somos civilizados porque nos gusta matar los animales —le dijo Carmen.

—Pero es cierto. Les gusta ver la matanza de los animales. ¡Todos están contentos porque vieron todo esto! —le gritó Ana—. A ti te gustó. Gritaste con emoción. Tus matadores son héroes. Pero para mí todos son matadores de animales.

Los ojos de Carmen estaban fríos y enojados. Ahora Ana estaba enojada también.

—Por lo menos piensas que Juan Cortez es guapo, ¿no? —le preguntó Laurita a Ana.

Ana rió aunque estaba enojada. Laurita era un poco tonta. Sólo pensaba en los chicos. Laurita era como la hermanita de Ana.

—Sí, es cierto. Juan Cortez es muy guapo —le dijo Ana a Laurita.

Nadie dijo nada. Era un coche pequeño y no cabían bien todos. Ahora el coche le parecía aún más pequeño a Ana. ¿Todos en su nueva familia la odiaban? ¿Ana se odiaba a sí misma? Ana pensaba que sí. Nadie dijo nada cuando iban a la casa. ¿Por qué mencionó ella la corrida de toros? Por eso todos se sentían mal. Aún Carmen estaba enojada con Ana. Y Carmen era la mejor amiga de Ana en España. Probablemente Carmen no iba a hablar más con ella. La única persona en el coche que no estaba enojada con ella era Pedro. El estaba sentado al lado de Ana y tomó su mano.

—Me siento muy mal porque no te gustó la corrida de toros —le dijo Pedro con mucha compasión—. La próxima corrida de toros va a estar mucho mejor.

Ana no dijo nada porque no quería ofenderles ni quería enojarles más.

—Ana, me caes muy bien —le dijo Pedro—. Me gusta tu pelo largo y eres muy bonita.

Ana sonrió y le dijo:

—Tú me caes muy bien a mí también, Pedro.

Ana se alegraba de que Pedro era su amigo, su único amigo en España ahora.